

*Una aspirina del tamaño del sol*¹

Comentario sobre el Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864)

Nuria Giniger

UBA / CEIL-CONICET

Este Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores, escrito en 1864 por Carlos Marx, es de lo más apropiado para estos tiempos. Para empezar, porque queremos a Marx, nos gusta celebrar el bicentenario de su natalicio (los nacimientos nos gustan más que las muertes) y esta es una de las obras en la cual da cuenta de su praxis, es decir, de su integralidad entre teoría y práctica como revolucionario. Pero además y fundamentalmente, porque su propuesta tiene una vigencia inusitada en este momento en el cual el Imperialismo viene desplegando toda su ofensiva sobre nuestros pueblos, demostrando una vez más su enorme articulación, su “propia internacional”, frente a un escenario de grandísimas dificultades de articulación internacionalista por parte de los pueblos de América Latina y del mundo.

Este texto es la obra posterior a casi veinte años de ofensiva que el capital produjo sobre el trabajo, como contrarrevolución, desde 1848 a 1864. Es un Manifiesto corto, en el cual Marx da cuenta –en un primer momento– de la expansión de la industria y el comercio, sobre las espaldas de la clase obrera. Enumera sistemáticamente el impacto en el empobrecimiento y la pauperización de las condiciones de vida y trabajo de cada vez más seres humanos, y fundamentalmente explica con múltiples ejemplos la cada vez mayor desigualdad respecto de la distribución de riqueza y poder entre las clases poseedoras y las clases subalternas.

En este Manifiesto, además, Marx expone toda su sensibilidad bajo el prisma de lo

que más tarde Aníbal Ponce (1938) llamó "humanismo proletario" y su continuidad en aquella frase del Che a sus hijos: "Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario". Carlos Marx se duele de la situación de las masas trabajadoras, se estremece y configura sus postulados teórico-prácticos desde la sensibilidad de un comunista; deja de lado también la tradición cartesiana y la racionalidad burguesa –como ejercicio de la crítica– para amalgamar la emoción con la praxis revolucionaria. Ejercita con verdadero afán el "odio de clase", reponiendo un análisis –vale decir– marxista de la desigualdad claramente visible.

Frente a las múltiples lecturas economicistas de Marx, en este texto aparece con notoria presencia cómo la ofensiva del capital sobre el trabajo está contenida en la dialéctica entre consenso y coerción, y no en versiones más o menos sofisticadas de la superestructura como reflejo de la estructura: Marx explica la creación y puesta a punto de un sentido común que observa acriticamente las aparentes mejoras económicas propias de la expansión de la industria y el comercio (casi casi, teoría del derrame), al tiempo que se pone en marcha la destrucción de las herramientas de lucha de la clase obrera de aquel momento (el partido, los periódicos y el exilio de dirigentes y militantes): "los sueños efímeros de emancipación se desvanecieron ante una época de fiebre industrial, de marasmo moral y de reacción política" (pág. 4).

Asimismo, sin participar de la derrota moral, sino por el contrario, ponderando las conquistas populares parciales (como la ley de diez horas de trabajo), Marx postula la importancia de la lucha económica-corporativa como parte de la acumulación de fuerzas hacia la revolución. Pero no lo hace desde una mirada etapista, sino fortaleciendo la "fe", la confianza en las fuerzas de la clase. Y además, se detiene en las experiencias cooperativas, como demostración de la posibilidad cierta de la prescindencia de patrón, pero fraternalmente explica que son experiencias que de no formar parte del movimiento revolucionario, se asimilan a los procesos económicos capitalistas. Y allí, repone el lugar del Estado en el proceso revolucionario: "el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias." (pág. 5).

En este sentido, Marx retoma la premisa más contundente que el pensamiento revolucionario propone: la conquista del poder político. La formula en términos de "deber", como compromiso histórico y moral de la clase obrera. Pero además la formula en términos de posibilidad: "La clase obrera posee ya un elemento de triunfo: el número" (pág. 5), dice. Y al mismo tiempo postula que sin unidad y guía, no hay triunfo. En esa unidad y esa guía se encuentra de manera determinante el *internacionalismo revolucionario*.

[La ofensiva capitalista ha] enseñado a los trabajadores el deber de iniciarse en los misterios de la política internacional, de vigilar la actividad diplomática de sus gobiernos respectivos, de combatirla, en caso necesario, por todos los medios de que dispongan; y cuando no se pueda impedir, unirse para lanzar una protesta común y reivindicar que las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones." (pág. 5).

En este tiempo aciago, difícil, en el cual el imperialismo yanqui nos está adentrando en un nuevo ciclo de destrucción y hambre, en simultáneo con las divisiones y fracturas

de la clase trabajadora, de nuestras organizaciones y objetivos comunes, de incapacidad y sectarismo, de cerrarnos sobre nuestras “exclusivas y excluyentes” historias nacionales, estamos obligados a –es nuestro “deber”– recuperar esta proclama internacionalista de hace 154 años, esta orientación fundamental: ¡Proletarios, proletarias, proletaries del mundo, unámonos!

Notas

¹ Sobre dolores de cabeza (Roque Dalton)

Es bello ser comunista,

aunque cause muchos dolores de cabeza.

Y es que el dolor de cabeza de los comunistas

se supone histórico, es decir

que no cede ante las tabletas analgésicas

sino sólo ante la realización del Paraíso en la tierra.

Así es la cosa.

Bajo el capitalismo nos duele la cabeza

y nos arrancan la cabeza.

En la lucha por la Revolución la cabeza es una bomba de retardo.

En la construcción socialista planificamos el dolor de cabeza

lo cual no lo hace escasear, sino todo lo contrario.

El comunismo será, entre otras cosas,

Una aspirina del tamaño del sol.

Carta de Ernesto Che Guevara como despedida a sus hijos, en 1965.

Bibliografía

Marx, Carlos (1864) "Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores". En: (1980) *Obras Escogidas*, Tomo II, Moscú: Editorial Progreso

Ponce, Anibal (1938) *Humanismo burgués y humanismo proletario. De Erasmo a Romain Rolland*. México: Editorial América.